

¿Quiénes son los espíritus malignos?

Los ángeles de Dios y los espíritus malignos están claramente revelados en las Escrituras y entrelazados con la historia humana. Los santos ángeles, enviados para servir “a los que han de heredar la salvación” (Hebreos 1:14), son considerados por muchos como espíritus de los muertos. Pero las Escrituras presentan pruebas de que no se trata de espíritus desencarnados de los muertos.

Antes de la creación del mundo, los ángeles ya existían, pues cuando eran puestos los fundamentos de la Tierra “cantaban a coro las estrellas matutinas y todos los ángeles gritaban de alegría” (Job 38:7). Después de la caída del ser humano, antes de que hubiera muerto algún ser humano, fueron enviados ángeles a guardar el árbol de la vida. Los ángeles son superiores a los seres humanos, porque el ser humano fue “hecho poco menor que los ángeles” (Salmo 8:5, RVC).

Dice el profeta: “Oí la voz de muchos ángeles que estaban alrededor del trono” (Apocalipsis 5:11). Ellos sirven en la presencia del Rey de reyes, pues son “siervos suyos”, que hacen “su voluntad”, “obedeciendo su mandato” (Salmo 103:20, 21). El apóstol Pablo habla de “una incontable muchedumbre de ángeles” (Hebreos 12:22, RVC). Como mensajeros de Dios, iban y volvían “con la rapidez de un rayo”; tan veloz es su vuelo (Ezequiel 1:14). El ángel que apareció en la tumba del Señor, y cuyo “aspecto era como el de un relámpago”, hizo que los guardias temblaran de miedo y quedaran “como muertos” (S. Mateo 28:3, 4). Cuando Senaquerib blasfemó contra Dios y amenazó a Israel, “esa misma noche el ángel del Señor salió y mató a ciento ochenta y cinco mil hombres del campamento asirio” (2 Reyes 19:35).

Los ángeles son enviados con misiones de misericordia a los hijos de Dios. A Abraham fueron enviados con promesas de bendición; a Lot, para rescatarlo de la condenación de Sodoma; a Elías, porque estaba por perecer en el desierto; a Eliseo, con carruajes y caballos de fuego cuando fue asediado por sus enemigos; a Daniel, cuando estaba abandonado como presa de los leones; a Pedro, estando condenado a muerte en la cárcel de Herodes; a los presos de Filipos; a Pablo, en la noche de la tempestad sobre el mar; a Cornelio, para abrir su mente con el fin de que recibiera el evangelio; para enviar a Pedro con el mensaje de salvación a un extranjero. Así los santos ángeles han servido a los hijos de Dios.

Los ángeles guardianes

Un ángel guardián ha sido señalado para acompañar a todo seguidor de Cristo. “El ángel del Señor acampa en torno a los que le temen; a su lado está para librarlos” (Salmo 34:7). Dijo el Salvador, hablando de los que creen en él: “En el cielo los ángeles de ellos contemplan siempre el rostro de mi Padre celestial” (S. Mateo 18:10). El pueblo de Dios, teniendo que hacer frente a la malicia continua del príncipe de las tinieblas, tiene la seguridad de la protección incesante de los ángeles. Tal seguridad es dada porque existen poderosos agentes del mal que han de ser confrontados: numerosas fuerzas, decididas e incansables.

Los malos espíritus, creados al comienzo como seres sin pecado, eran iguales en naturaleza, poder y gloria a los santos ángeles que ahora son mensajeros de Dios. Pero, al caer a causa del pecado, se aliaron para deshonrar a Dios y destruir a los seres humanos. Unidos con Satanás en rebelión, cooperan en la guerra contra la autoridad divina.

La historia del Antiguo Testamento menciona su existencia, pero fue durante el tiempo en que Cristo estuvo en la Tierra cuando los malos espíritus manifestaron su poder de manera más notable. Cristo había venido a redimir al ser humano, y Satanás se había propuesto controlar al mundo. Él había tenido éxito en establecer la idolatría en toda la Tierra, excepto en Palestina. Cristo vino al único país que no se había entregado totalmente al tentador, extendiendo sus brazos de amor, invitando a todos a encontrar perdón y paz en él. Las huestes de las tinieblas comprendieron que, si la misión de Cristo tenía éxito, su reino terminaría pronto.

En el Nuevo Testamento se declara que han habido seres humanos poseídos por los demonios. Las personas que sufrían de esta manera no eran afligidas sencillamente por una enfermedad debida a causas naturales; Cristo reconoció la presencia directa y la obra de los espíritus malignos. Los endemoniados de Gadara, miserables dementes, se retorcían, echaban espuma por la boca, se hallaban enfurecidos, se lastimaban a sí mismos y constituían un peligro para todos los que se les acercaban. Sus cuerpos sangrantes y desfigurados, así como sus mentes trastornadas, resultaban un espectáculo muy agradable para el príncipe de las tinieblas. Uno de los demonios que dominaban a estos afligidos declaró: “Me llamo Legión, porque somos muchos” (S. Marcos 5:9). En el ejército romano, una legión constaba de tres a cinco mil hombres. A la orden de Jesús, los malos espíritus abandonaron a sus víctimas, quienes quedaron sumisas, en uso de su razón y calmas. Pero los demonios ahogaron a una horda de cerdos en el mar, y para los habitantes de Gadara esa pérdida era más importante que la bendición que Cristo había concedido; y pidieron que el divino Salvador se retirara (ver S. Mateo 8:23-34). Al echarle la culpa de su pérdida a Jesús, Satanás suscitó los temores egoístas del pueblo, y les impidió que escucharan las palabras del Salvador.

Cristo permitió que los malos espíritus destruyeran a los cerdos como un reproche a los judíos que estaban criando esos animales inmundos para obtener ganancias. Si Cristo no hubiera restringido a los demonios, estos no solamente habrían precipitado a los cerdos al mar, sino también a los que los cuidaban y a los dueños.

Además, este acontecimiento fue permitido para que los discípulos, al presenciar

el poder cruel de Satanás tanto sobre los seres humanos como sobre los animales, no fueran engañados por sus trampas. Era también el propósito de Dios que el pueblo contemplara su poder para quebrantar la esclavitud de Satanás y libertar a sus cautivos. Aunque Jesús mismo partió de allí, los hombres liberados de manera tan maravillosa permanecieron para declarar la misericordia de su Benefactor.

Se registran otros ejemplos: la hija de una mujer sirofenicia, terriblemente afligida por un mal espíritu, al cual Jesús echó por su palabra (S. Marcos 7:24-30); un joven que tenía un espíritu que a menudo lo arrojaba en el fuego y en el agua, para destruirlo (S. Marcos 9:14-27); el maniático, atormentado por un espíritu de demonio inmundo, que perturbó la tranquilidad del sábado en la sinagoga de Capernaúm (S. Lucas 4:33-36); todos estos fueron sanados por el Salvador. En casi todos los casos, Cristo se dirigió al demonio como a una entidad inteligente, y le ordenó que dejara de atormentar a su víctima. Los adoradores de Capernaúm se asombraron “y se decían unos a otros: ‘¿Qué clase de palabra es esta? ¡Con autoridad y poder les da órdenes a los espíritus malignos, y salen!’” (S. Lucas 4:36).

Con el propósito de obtener poder sobrenatural, algunos daban la bienvenida a la influencia satánica. Estos, por supuesto, no tenían conflicto con los demonios. A esta clase pertenecían los que poseían el espíritu de adivinación: Simón el mago, Elimas el hechicero, y la joven que seguía a Pablo y Silas en Filipos (ver Hechos 8:9, 18; 13:8; 16:16-18).

Nadie está en mayor peligro que los que niegan la existencia del diablo y de sus ángeles. Muchos prestan atención a sus sugerencias mientras suponen que están siguiendo su propia sabiduría. A medida que nos acerquemos al fin del tiempo, cuando Satanás ha de obrar con mayor poder para engañar, hará circular por doquiera la creencia de que él no existe. Su política consiste en ocultarse a sí mismo y esconder sus métodos de trabajo.

El gran engañador teme que lleguemos a familiarizarnos con sus artimañas. Para disfrazar su verdadero carácter, se ha hecho representar de tal manera que se lo considere como algo ridículo o con desprecio. Le agrada ser pintado como ridículo, deforme, mitad animal y mitad hombre. Le gusta oír su nombre usado como objeto de diversión y de burla. Como él mismo se ha disfrazado con consumada habilidad, muchos preguntan: “¿Existe realmente un ser semejante?” Ya que Satanás puede dominar con rapidez la mente de quienes son inconscientes de su influencia, la Palabra de Dios descubre ante nosotros sus fuerzas secretas, y nos coloca así en guardia.

Podemos encontrar asilo y liberación en el poder superior de nuestro Redentor. Cuidadosamente, aseguramos nuestras casas con cerrojos y candados para proteger nuestra propiedad y nuestra vida de las personas malvadas, pero rara vez pensamos en los ángeles malignos, contra cuyos ataques no tenemos defensa alguna si dependemos de nuestra propia fuerza. Si lo permitimos, ellos pueden confundir nuestra mente, atormentar nuestro cuerpo y destruir nuestras posesiones y nuestra vida. Pero los que siguen a Cristo están seguros bajo su cuidado. Ángeles de poder superior son enviados para protegerlos. El maligno no puede vencer la guardia que Dios ha colocado en torno a su pueblo.